

El sabio Cajigal y la Silla de Caracas

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

“Venezuela, por la fertilidad asombrosa de su suelo y lo accesible de sus costas, está llamada a ser una de las primeras naciones del mundo de Colón; mas ella no se elevará al grado de esplendor a que puede levantarse, mientras la industria, compañera inseparable de las artes, no salga del estado deplorable en que yace. Si hasta ahora el imperio casi irresistible de las circunstancias nos ha hecho mirar con desdén cuanto no se haya íntimamente enlazado con la ciencia de los gobiernos, debemos por lo mismo trabajar con más ahinco, a la sombra de la paz que disfrutamos, en echar los cimientos de nuestra futura grandeza, fomentando aquellos estudios que encuentran su aplicación en las necesidades de la vida”.

Juan Manuel Cajigal. (Enero de 1839)

Entre todos los estudios de exploración que Juan Manuel Cajigal realizó en Venezuela, el único que ha logrado evadir la acción destructora del tiempo ha sido su célebre e interesante memoria referente a su ascensión a la Silla de Caracas o Cerro del Avila, el 30 de agosto de 1833, cuya altura de 2.640 metros se levanta semejante a un coloso frente a la tranquila ciudad del valle de los Caracas. Este trabajo —a nuestro concepto— es el más importante de todos cuantos se han escrito acerca del mencionado cerro, por ser un estudio extenso y exhaustivo sobre su clima, flora, suelo, altura, etc. Pero es más: esta monografía tiene un gran valor histórico porque nos presenta al sabio Cajigal como un hábil explorador, dotado de una vasta cultura. Y, también, por haber sido el único venezolano, después del barón alemán Alejandro de Humboldt, que subió a la empinada Silla del Avila. Estudiaremos, pues, a continuación sus exploraciones en el citado cerro.

Cajigal, antes de su ascensión a la cima caraqueña, buscó inútilmente un baquiano para que lo guiase cómodamente du-

rante el trayecto de la subida. Pero, desgraciadamente, “la dirección que la política sombría del gabinete español había dado a la educación de sus desgraciados colonos —escribe el sabio—, que sin embargo de no ser Caracas la más atrasada en ilustración, no había en ella quien pensase en conocer, no diremos las preciosidades que encierra la cordillera litoral de Venezuela y principalmente el ramal del Avila; pero ni aún las simples alturas de sus picos más notables”.

El 30 de agosto de 1833 el sabio y dieciséis de sus alumnos se reunieron para estudiar la forma de llegar a la cima de dicho cerro. Unos eran partidarios de pasar la noche en la casa del doctor Ramón Monzón, ubicada en las faldas del pico oriental, en Los Dos Caminos. Y los demás, de pernoctar en la pequeña vivienda del señor Juan Manuel Matamoros, la cual se encontraba a gran altura y un poco distante del occidente del citado pico. Prevaleció esta última propuesta porque la ruta señalada ofrecía la ventaja de llegar hasta la casa del señor Matamoros a caballo, cuya altitud sobre Caracas era de 653 metros, según Cajigal. Y sin más indecisiones, partieron al mediodía de ese mismo día para la casa del mencionado señor. Al llegar a Sabana Grande, “... se tomó a la izquierda por un callejón —anota Cajigal— que conduce a la subida de la hacienda de Matamoros. Aunque la cresta del estribo de la montaña en que está abierta esta senda es bastante pendiente, permite sin embargo que se pueda trepar por ella a caballo. La quebrada de Chacaíto queda a la derecha del que sube, y la dirección es en derechura al Norte, hasta que ya a la vista de la casa de Matamoros se deja la cresta del estribo y se toma su falda izquierda para bajar a una quebradita que dista poco de dicha casa. Antes de llegar a la cresta se percibe con mucha claridad la enorme mole de la masa del pico Occidental de la Silla, que sin embargo de ser muy pendiente está cubierta de un alto y espeso bosque sobre el que descuellan numerosas y gigantes cas palmas, y por entre el cual se divisan grietas casi perpendiculares por donde se precipitan los pequeños torrentes que van a formar la quebrada de Chacaíto”. Y luego apunta: “Serían las cinco de la tarde cuando llegaron los viajeros a la casa designada acompañados del hermano del dueño que se les había incorporado en la subida”.

Allí, en la humilde morada del señor Matamoros, el sabio barcelonés no perdió su tiempo descansando, sino que hizo en

seguida sus primeras observaciones climatológicas. Y estudió también la vegetación y la humedad del aire. Todas estas investigaciones podemos comprobarlas con el párrafo que vamos a transcribir donde, además, podrá apreciar el amable lector el estudio tan minucioso —desde el punto de vista científico— que realizó Cajigal en dicha zona:

“Eran ya las cinco y media —escribe el sabio— cuando el termómetro libre y el adherido al barómetro marcaban, $22^{\circ} 5$ de temperatura, siendo la columna barométrica de 0,6445 diez milímetros. El higrómetro de Saussure marcaba 74° de humedad. A las cinco y cuarenta minutos de la mañana del día 31 de agosto se repitieron las observaciones, y resultó que ambos termómetros marcaban $16^{\circ} 3$, y que habiéndose condensado el mercurio del barómetro proporcionalmente a la disminución de temperatura se fijó en 0,6435. El aire mantenía en suspensión una gran cantidad de vapor acuoso, pues el higrómetro se elevó a 82° de humedad, indicando por consiguiente un estado próximo al de saturación”.

Y más adelante observa: “Como ya a la altura en que se encontraban empezaban a verse algunas plantas alpinas, pareció conveniente determinarla, como límite inferior de las zonas en que ellas vegetan. Con este objeto se había hecho una observación antes de salir de Caracas en la Escuela de Matemáticas situada en la esquina de Salvador de León. En ella el termómetro libre marcaba $24^{\circ} 9$, el adherido $25^{\circ} 2$, y el barómetro 0,695 a las once de la mañana. Introducidos estos datos —apunta Cajigal— en la fórmula de Laplace tomada del 2^o tomo de la Geodesia de Pussissant (pág. 353), se obtuvo para la altura de la casa de Matamoros por la observación de la tarde 655 metros, y por la de la mañana 651. Estas alturas, calculadas por observaciones hechas en horas tan diversas, coinciden cuanto es posible y dan para la altura media de la citada casa 653 metros o 334 toesas y media sobre Caracas”.

Al amanecer del día siguiente, Cajigal y sus alumnos continuaron la penosa y difícil ascensión a través de piedras cubiertas de limo y hojarascas, las cuales formaban gruesas capas de hojas resbalosas que obstaculizaban la marcha sobre la abrupta montaña que a cada instante se hacía más empinada. Y así, poco a poco, agarrándose de los tallos y de las raíces aéreas de los árboles, de las ramas y de los ensortijados y ne-

gros musgos adheridos fuertemente a troncos y piedras pudieron llegar a una hermosa y amplia meseta: La Ciénaga —hoy fuente Cajigal—, paraje ideal, donde la neblina envolvía los árboles y se esfumaba por entre el breñal y en donde también las flores, apretujadas con la hierba que tapizaba el húmedo suelo, lucían sus colores y la rareza de sus pétalos. En esta zona virgen, el sabio descansó y tomó alimento con sus discípulos y luego exploró toda la meseta. A propósito de esto, escribe Cajigal: “Ha recibido esta denominación a causa de tener el piso húmedo y en partes fangoso, efecto producido sin duda por la condensación nocturna de los vapores acuosos, y por las aguas que descienden de las alturas que las circundan. Su longitud casi en la dirección de N. a S. será próximamente de 300 metros, llegando solamente a 50 su anchura media”.

Más adelante nos pinta las bellas plantas que encontraba a su paso y también herborizaba. Veamos ahora cómo el sabio describe en forma admirable y sin omitir detalle alguno la flora que puebla dicha región:

“Reputaban sin embargo por suficientes motivos de consuelo la belleza de las plantas que iban encontrando al paso. Algunas de ellas, como la *Neottia vaginata* que menciona Kunth en el Perú, no se había descubierto hasta ahora en este país. La hermosa *Befaria glauca*, que puede considerarse como la rosa del Avila, les acompañó desde la casa de Matamoros hasta la cima del pico Oriental donde apenas se elevaba a tres pies de altura, cuando en el bosque se vieron algunas de ocho pies. A la altura de dos mil metros sobre el nivel del mar se encontró la *Alstroemeria rósea* con lindas flores de color rojo teja, leonadas por dentro en compañía de la *Befaria ledifolia* y de la *Eredemeyera floribunda*, de un bellissimo azul de cobalto. La *Gaulteria odorata* —continúa el sabio— de hojas muy odoríferas, conocida con el nombre de pesgua, se presentó a la salida del bosque, y con ella la *Trixis de Swarte* o fragante incienso de la Silla, que se eleva en este lugar hasta la altura de 15 pies”.

Después, refiriéndose a la Ciénaga, escribe: “Toda ella está cubierta con la especie de grama *Podossenum alpestre*, encontrándose diseminadas las plantas de que se ha hecho mención y otras muchas, entre las cuales se hizo notar por su abundancia la *Nipericum caracasenum*, cuya flor es menuda y de

un azul ligeramente violado. Casi en el centro de esta risueña meseta se encuentra un excelente manantial, cuya explicación es muy fácil de concebirse. En efecto, el agua llovediza entra en el suelo y la que penetra es empujada por la que se filtra en seguida hasta encontrar con una capa de tierra impermeable donde se deposita para salir después en forma de fuente. En la estación seca muchos manantiales se agotan por la excesiva evaporación, pero el de la Ciénaga es abundante todo el año, ya porque recibe las aguas filtradas de todas las alturas que lo rodean, y ya también por estar abrigado por una piedra enorme de granito, que lo pone a cubierto de la acción inmediata de los rayos solares. Probablemente —agrega— esta piedra y otra que le es contigua fueron algún día puntas del núcleo de la montaña, que estando fuera de la superficie de la tierra se han desprendido por un efecto de choque continuo de las aguas”.

Como se ve, la ilustración de Cajigal en esta ciencia era vasta, ya que para hacer esta descripción que acabamos de leer se necesitaría de suficientes conocimientos científicos no solo de este ramo de las ciencias naturales, sino igualmente de la física terrestre. Y es, pues, oportuno advertir que este sabio fue un hábil taxónomo y dominaba también la paleobotánica. Además de lo leído, estudió asimismo el clima de dicho lugar, sobre esto último, anota: “El mismo instrumento marcaba en el aire libre 16º, siendo ésta próximamente su temperatura media si se atiende al mes y hora en que se hizo la observación. No estará demás advertir que se tomaron todas las precauciones posibles para garantizarla de todas las causas de error que pueden influir en las indicaciones termométricas. Se sabe que de todas las observaciones meteorológicas las más delicadas son las de temperatura; porque los medios que se han imaginado hasta ahora para la colocación de los termómetros no llenan completamente su objeto. Si se suspende el instrumento a la altura de 5 o 6 pies, todavía puede participar del valor del suelo, y si se le pone a la sombra aunque no sea muy abrigado el sitio, quizá su indicación es engañosa por no estar expuesto a la acción de un aire suficiente para poder graduar la temperatura. También la variación —continúa— de las pequeñas atmósferas locales, consecuencia inevitable de los vientos, produce un continuo cambio en el termómetro, que lo hace subir y bajar alternativamente. La temperatura de la columna barométrica aún

no se había igualado con la del aire libre, pues el termómetro adherido marcaba 16°5, a la vez que ella se sostenía a la altura de 0,5895 diez milímetros. El higrómetro señalaba 82° de humedad. Estos datos dieron para la altura de la meseta sobre Caracas 1.410 metros”.

Ya cerca del mediodía, continuaron la penosa ascensión al pico occidental. En el curso de la ruta se vieron envueltos en una densa neblina que les impedía observar los lugares por donde pasaban. Y al fin, después de caminar dos kilómetros y para asombro de ellos mismos, se percataron de que ya estaban en la cumbre del mencionado pico. Desde allí advirtieron los precipicios hacia el Norte, de donde brotaban enormes prismas de granito. Pero es más: lo extraordinario del paisaje —en que la obra del Creador se veía en toda su intensidad— causó admiración a los exploradores. Y de esa manera, en actitud extática y hundidos en la meditación se estuvieron varios minutos contemplando la belleza de aquel horizonte que se perdía en la bruma hasta confundirse con el azul infinito del cielo. Las saetillas del reloj indicaban la una y media de la tarde. Para esa hora la temperatura estaba en 15°8 y la altura barométrica en 0,577 y el higrómetro marcaba 84° de humedad. De todo esto se obtuvo para la altura del pico occidental 1.589 metros u 815.33 toesas sobre Caracas, según Cajigal.

Después de estas anotaciones científicas, allí mismo se vieron atacados por una nube de abejas peludas conocidas con el nombre de angelitos y que el sabio las denominó *angelitos malos*. Observaron igualmente en dicho lugar huellas frescas de animales salvajes, como las de la danta o tapir, llamada por los naturalistas elefante del continente americano. De esto último también hicieron referencia en sus memorias los exploradores alemanes J. Linden, el 21 de febrero de 1841 y Karl Moritz, el 23 de marzo de 1843, quienes vieron tigres y escucharon los aullidos de los monos y de otros animales que pueblan la cordillera avileña.

Y sin tardanza, encaminaron sus pasos hacia el pico oriental. En la ruta se vieron obligados a atravesar un bosque de musáceas, así como un peñascal cubierto de musgos y setas. Y de ese modo, venciendo todos estos obstáculos, a las dos de la tarde llegaron a dicha eminencia desde la cual podían admirar un lindo panorama lleno de arreboles. Y advirtieron que las fal-

das del citado pico estaban erizadas de prismas de granito y que la vegetación era escasa. Pues, encontraron gramíneas, arbustos de befaria y el incienso o *Trixis de Swarte*. Ya en la cima, el sabio —a las cuatro y cuarto de la tarde—, apuntaba que el termómetro libre indicaba una temperatura de 14°2, el adherido de 15° y la columna barométrica marcaba 0,562. La humedad era de 82°. Estas cifras daban para la altura del pico Oriental de la Silla 1.830 metros o 930,24 toesas sobre Caracas.

Y de inmediato se entregaron una vez más a contemplar la inmensidad del paisaje que se dominaba desde aquella cumbre. Acerca de esto apunta Cajigal en sus memorias que desde aquel lugar lograron ver "...las vastas llanuras que se extienden hasta los márgenes del majestuoso Orinoco". Luego, en otro aparte escribe también sobre el pico Naiguatá, al cual vieron de cerca, con su erguida cresta rocallosa, desafiando las alturas de las demás cumbres de la cordillera avileña. Al norte, las azuladas aguas del Mar Caribe, en donde se columbraban las islas de Los Roques, La Orchila y La Tortuga. Más acá, en el centro del verde valle y atravesada por el Guaire, la ciudad de Santiago de León de Caracas, con sus casas de techos rojos. Y más allá, divisaban "...todo el Valle de Caracas —escribe el sabio— y una gran parte de los del Tuy, con todos los ramales intermedios de la cordillera, incluso los estribos sobre que están abiertos el camino que desde El Valle conduce al Tuy, y el nuevo que para el tráfico de carros principia en la subida de Coche y sigue en dirección de los Valles de Aragua. Las altas montañas de Guarayma impedían la vista de estos valles; pero se percibía distintamente el camino que conduce a ellos por las alturas de Higuerote y de Las Lagunetas. Se veían también las montañas de Tipe y las faldas que vierten hacia el mar en la dirección de Carayaca y Tarma. Se distinguían con claridad los pueblos de Petare, Chacao, Baruta, El Valle y La Vega, y finalmente por el Sur según dice Humboldt la faja estrecha de terreno cultivado contrastaba agradablemente con el aspecto triste y salvaje de las montañas que la rodeaban; y por el Norte el estrecho Valle de Caraballeda interpuesto entre la base de la cordillera y la orilla del mar hacía resaltar más la majestad del pico. Algunos ligeros vapores —continúa— que parecían estar en contacto con la superficie del mar, impidieron ver con distinción la línea que lo separa de las últimas capas atmosféricas, y por consiguiente las islas de Orchila, Tortuga, Aves y Ro-

ques, que se hallan comprendidas en el horizonte del espectador, el cual abraza más de 30 leguas de radio, aún suponiendo nulos los efectos de la reacción”.

Por todo lo que ya habían observado, Cajigal y sus alumnos no quisieron bajar ese mismo día, pues querían contemplar un amanecer desde la cumbre. Y así, desafiando los peligros y los rigores del clima, dispusieron a pernoctar en aquel lugar. Durante la noche soportaron varios aguaceros y escucharon los rugidos de los tigres y de otras fieras. Luego, por la madrugada, el termómetro marcaba 8° y a las seis de la mañana la temperatura era de 10°, “. . . y si se recuerda —comenta Cajigal— que a las cuatro y media de la tarde del día anterior el mismo instrumento señalaba 14°2, no será aventurado suponer que la temperatura media del día era de 12°5. Se sabe que la temperatura media del mes de octubre coincide con la temperatura media del año; y como la observación a que nos contraemos se hizo el primero de septiembre, puede fijarse aproximadamente en 12° la temperatura media del pico Oriental, que es igual a la de Filadelfia”. Y más adelante anota: “. . . la columna barométrica era de 0,5855, la temperatura del aire de 14°5, y la del mercurio del barómetro 14°, cuyos datos dan para su elevación sobre Caracas 1.462 metros o 750,08 toesas”.

Luego se entregó con sus alumnos a contemplar aquel vasto panorama que se perdía en el inconmensurable horizonte. A esa hora el valle de los caracas estaba cubierto de una densa neblina y de nubes pesadas. Y los montes avileños empezaban a despertar bajo el calor del sol matinal. Era la hora cuando la alegría de las chachalacas anunciaba con su canto monótono y bullanguero el alba de un nuevo día. Todo era, pues, grandioso, sublime, divino. Y todos enmudecieron ante la magnificencia de aquel espectáculo de la Naturaleza. Y así, abstraídos de la belleza del paisaje, permanecieron hasta que los rayos del sol devoraron la aurora de aquella mañana. Después, a las seis y treinta emprendieron el descenso. A las nueve y media estaban en la Ciénaga, hoy fuente Cajigal. Y dos horas más tarde se dirigieron hacia la casa del señor Juan Manuel Matamoros, a donde llegaron a la una y media. Y, antes de las cuatro de la tarde, ya se hallaban en Caracas. Por último, Cajigal escribió al final de sus interesantes memorias lo siguiente: “Aquí debería finalizar nuestra relación, pero como se ha

tomado por punto de comparación para determinar las alturas, la Academia de Matemáticas, es claro que no se podrían comparar estos resultados con los de Humboldt, sin tener una observación barométrica en el nivel del mar. Para llenar este vacío dos jóvenes de los que subieron a la Silla, fueron a Maiquetía en los días inmediatos y encontraron que el mercurio se sostenía en la orilla del mar en 0,7645, siendo la temperatura del aire de 26°6 y la del mercurio de 25°9. Con estos datos se ha encontrado para la altura de la Academia de Matemáticas 815 metros o 419 toesas, y por consiguiente el pico Oriental de la Silla está elevado sobre el nivel del mar 2.682 metros o 1.349,24 toesas, resultado que difiere del de Humboldt en menos de una toesa”.

Antes de concluir, no dejamos de lamentar que los estudios de botánica realizados por el sabio venezolano, se hayan perdido. Ojalá que con el transcurso del tiempo se logren encontrar para agregarlos a la historia de la flora de Venezuela.

Y consideramos también que estas exploraciones de carácter científico que llevó a cabo Juan Manuel Cajigal son —hasta el presente— las páginas más importantes que se han escrito sobre el mencionado cerro caraqueño. Y, desde luego, constituyen un aporte de gran valor a la cultura vernácula y al estudio de la rica flora y de la geografía física de Venezuela.